

# Una historia de amor más

Rafael Alizo



## Capítulo 1

... hoy, han pasado ya cincuenta y cinco años desde que el único hombre que amé en mi vida murió.

- No diré que ha sido fácil, y es que incluso, a este punto se me puede considerar loca por no salir adelante sentimentalmente, pero entiéndanme, simplemente no ha sido fácil.

- Ambos teníamos la misma edad (él era solo seis meses mayor que yo), y le encantaba eso, lo veía tierno, y es que a veces, él era hasta más romántico que yo. Nos conocimos a los quince años, fue bonito, yo era nueva en el colegio para ese entonces, nadie me dirigió palabra alguna (siempre era yo la que comenzaba las conversaciones), todo hasta que llegó él, curiosamente, luego de eso, muchos muchachos me empezaron a hablar, caso totalmente contrario, la mayoría en plan incómodamente amoroso, pero siempre los rechazaba con amabilidad y tacto, algunos no reaccionaban del todo bien, pero hubo uno en particular que me generó cierta curiosidad, y era justamente al que solo veía como un mero amigo. Pero desvarió, el día en que me habló por primera vez, y cuando, sin darme cuenta, mi vida cambio fue cuando se acercó a mi durante la clase, me preguntó si ya tenía compañero en el ensayo en parejas de historia, le contesté que no, por lo que a la final lo hicimos juntos. Y así tuve mi primer amigo.

- Él siempre me atajaba en los recesos para "hablar" sobre el trabajo (puede que en alguna ocasión sí fuese así de hecho), pero ambos sabíamos que esa no era su única intención, y no se alarmen, él no era como esa clase de muchachos de hoy en día, se vía a leguas; la verdadera razón de estas esporádicas conversaciones me la dijo de una forma por demás seca y vaga: "Eres bonita", esa frase, esa oración de solo dos palabras... era un mundo completamente extraño, desconocido, inhóspito quizá, para mí, pero me causaba cierta alegría interna, muy profunda, tan rápida como una sonrisa por un chiste que escuchaste con el rabillo del oído. Poco a poco le agarré un especial cariño y al tiempo ya almorzábamos juntos; salíamos de vez en cuando con amigos al cine - así es, tuve más y más amigos, pero no piensen que todos fueron presentados por el (quizá una cuarta parte sí), él solo fue como un impulso para desenvolverme más con otros -, en nuestro pueblito donde vivíamos no había mucho que visitar, pero una salida al parque, tan sencillo como eso, la transformaba en toda una excursión. Era cómico, y podía usar un humor simple y bruto o inteligente e implacable, de hecho, a veces ganaba insultos de los demás alegando que sus chistes eran malos e hirientes, sólo porque no los entendían, él no reparaba en ello y los explicaba amablemente, sin siquiera fruncir un poco el ceño. "Todo el

mundo piensa distinto”, es lo que él siempre decía.

- ¿Qué si era listo? Podría jurar que era la persona más culta que haya conocido en vida, pero sus calificaciones eran para llorar, siempre lo superé en ese aspecto, aunque para mí no había victoria, no era ni siquiera un juego, era algo aparte, y él siempre me felicitaba, aun cuando yo siempre era de las primeras en tener las mejores notas, no me cansaba de escuchar eso, ese “eres muy lista, felicidades”, con una cara inocente y relajada; por más que lo dijera, no perdía la gracia ni el efecto. Lo admitiré, él no era precisamente un adonis en secundaria, pero no sé qué carajos pasó en las vacaciones entre el liceo y el nuevo mundo de la universidad que hizo que se volviera para morir (al menos para mí), raro, digo que hubo un cambio en él durante ese periodo, pero reflexionando, me doy cuenta que, físicamente no cambió en nada. Tal vez habré sido yo, y ni cuenta me di. De él aprendí a querer a la persona por cómo es y no por como luce (él fue mi película Disney personal, siempre dándome lecciones infantiles); me enseñaba tantas cosas de la vida, desde astronomía hasta filosofía, lo que sé hoy, lo supe de él. Prosiguiendo con nuestra historia juntos (no quiero parecer como una obsesionada con él), nos apoyábamos en nuestros proyectos, algunas veces lo hacíamos juntos, otras veces no, no nos molestaba, el estar tanto tiempo juntos tampoco es bueno ¿Sabes? Nos fuimos a la universidad, la misma, diferente carrera, nos veíamos poco, pero cuando lo hacíamos, hablábamos mucho, nos actualizábamos con risas y juegos. Ya en la uni, muchas mujeres mostraban sus intereses hacia él, pero muy cortésmente las rechazaba, siempre fue un caballero, pero era este rechazo el que causaba unas cuantas burlas por parte de sus compañeros, incluso, creo que en verdad se preguntaban si era asexual o algo así. Estaba yo segura de que no, no pregunten por qué.

- Ya nos conocíamos la vida entera después de tanto parloteo que teníamos durante tres años de amistad, por lo que un día, él consideró el decirme que me veía ahora más que como una simple amiga. No pudo escoger peor día para decirlo. No por mí, sino por él. Al menos, eso creía yo.

- Cuando me lo dijo, sonrojado hasta decir basta, ni le miré, estaba apenada, ni remembro cómo fue que inició la conversación, ni cómo la abarcó, lo único que recuerdo es que asentí y que él me pasaría buscando al finalizar las clases, estábamos felices, y no lo sabíamos, bueno, yo no lo sabía; pero eso no quitaba que se sentía extraño, éramos mejores amigos, y no hace falta el recordar mil y una historias de Hollywood sobre amigos que se hacen novios, algo falla, lo solucionan y quedan felices de nuevo, cuando en la vida real, muy escasamente pasaba. Esa misma tarde salí un poco más temprano de lo normal, por lo que decidí buscarlo; un compañero nuestro que estudiaba con él me dijo que mi ahora nuevo novio había reprobado todas las materias, excepto una, lenguas, y más de dos materias significaba repetir el año entero, con otras tres materias, ni

me lo imaginaba, él tampoco, e iba a comentárselo, mi novio aún no lo sabía. Justamente lo vi, con sus amigos en los bancos adyacentes a la entrada, yo estaba lejos, pero alcancé a ver cómo el dador de malas noticias llegaba y le comentaba el suceso, él sonrió y (he de comentarles que sé de perlas cómo leer los labios, practicaba de pequeña) simplemente dijo, "No me importa, lo arreglo después, ahora tengo novia". Me invadió una gran felicidad y una enorme furia por ese gesto, me hizo sentir más extraña aun, ya no me preocupaba por mi mejor amigo, me preocupaba por mi novio.

- Lo hablé muy profundamente con él esa tarde, me dijo lo mismo que le vi decir y empecé a reprimirlo, como no tienen una idea de lo que le esperaba, la sensación no era muy diferente a hasta hacía un día atrás, pero mientras más le gritaba, más sonreía; estuve a punto de romper con él el mismo día de nuestro comienzo, pero antes de hacerlo, se acercó rápidamente a mis labios y los juntó con los de él; nuestro primer beso. ¿Ustedes se acuerdan de su primer beso? Aquel que se suponía que era con la persona indicada, bueno, eso mismo lo creía yo en ese momento, no sabía si se haría realidad o no, pero no tenía prisa en descubrirlo, estaba teniendo el momento más hermoso de mi vida. Fue suave e inesperado, cálido, me dejé llevar y cerré mis ojos, luego de escasos cinco segundos (que se me antojaron toda una eternidad), se separa y me lanza la frase: "No te preocupes, yo estaré bien, te tengo a ti". ¿Cómo es posible? ¿Cómo de un momento a otro él pueda ya estar mentalizado de que soy su novia? El trato, el encanto, el querer, todo se me hacía tan repentino, pero qué más daba, tenía toda una vida por explorar y él era quien me abriría las puertas para tan quijotesca acción.

- Desde ese entonces estuvimos juntos, no como uña y carne, más bien como dos ojos, comparten una misma visión, pero son iguales y cada una está en su lado. Hasta el día de hoy no sé cómo logré recuperar ese año que reprobó, pero estaba feliz porque lo logró, muchos decían cosas sobre él, pero me decía, con toda la sinceridad del mundo que no había hecho trampa alguna, y le creí, no solo por ser mi novio, sino porque lo conocía de antes, y sabía que no haría algo malo. Siempre fue un relajado total, si no se hubiese cortado el pelo y hubiese escuchado más rock sería el modelo de hippie, no se veía a él mismo en algún apuro o preocupación que lo alterara, yo era todo lo contrario, me entraba un cólera para todo, y siempre me intentaba aplacar. El único calmante que tenía era él.

- Nos graduamos y ya teníamos tres años juntos, mas los tres de conocidos sumábamos toda una larga jornada, fue en ese entonces que me llevó a su casa, no encontramos a sus padres, y en cualquier caso algún muchacho común se me hubiera abalanzado encima, él no, ya me había dado suficientes razones para saber que era un santo, me respetaba demasiado, eso me encantaba. Aunque, les seré sincera, ese día sí lo hicimos por primera vez, pero no fue planeado, notamos que el momento era oportuno, ya que nunca teníamos un "momento solo para nosotros",

aunque creo recordar una excursión que hicimos al segundo año de la universidad, pero, aunque dormimos juntos, estábamos con otras cinco personas en la habitación del hotel donde nos quedamos. No daré mucho detalle de lo que en su cuarto pasó, al fin y al cabo hay que tener intimidad, ¿no? Solo diré que me desvistió con dulzura, me abrazó con caballerosidad y me besó más amorosamente que nunca; me hizo sentir conectada a él de la mejor manera posible. Él olía muy bien ese día.

- Recordando, nunca le conocí novia antes que yo, pero de haber tenido, no me hubiera molestado en lo más mínimo; yo lo admito sin anestesia, él fue mi primera vez... y la única.

- Llevábamos lo nuestro cada vez más lejos, o al menos hacíamos lo que podíamos, ya que un problema de aspecto generalmente económico siempre nos alcanzaba. Pasamos un tiempo valiéndonos de pequeños sueldos que cobrábamos a raíz de diversos trabajos simples, él se trataba de esforzar el doble para llevarme de paseo de vez en cuando, o al menos una cena romántica a la semana, y lo lograba. Por suerte, no usaba drogas, ni fumaba y pudiese contar con los dedos de mis manos cuantas veces lo vi con alcohol en sus manos, por lo que no me tenía que preocupar por gastos muertos e innecesarios.

- Lo que en verdad nos ayudó a salir hacia adelante fue el hobby que él tenía, escribir; siempre fue un apasionado de la escritura, pero digo que fue un hobby ya que poco era el tiempo del que disponía para hacer sus movimientos, traté de ayudarlo en ello, pero poco podía hacer al respecto, lo máximo a la final fue darle mi apoyo. La segunda novela que publicó fue la más vendida en los círculos de lectores por casi seis meses consecutivos, he hizo que su primer libro obtuviera más notoriedad, sin contar claro, sus proyectos futuros. De ese éxito tuvimos nuestra primera casa y nuestro primer auto (claro, yo sí contribuí al menos con gran parte del auto). Nunca vieron a una pareja joven tan emocionada por comprar los muebles para su nueva casa.

- Y comenzó nuestra vida en comunión. Los desayunos eran románticos, los almuerzos cómicos, y las cenas, informativas; aun así considerábamos que la vida era "casi perfecta". Lo que faltaba eran unas manitas que se aferraran a nuestros dedos. Y no podías encontrar a una persona que hablara más de bebés que él, día y noche; estaba emocionado por tener un hijo y lo estaba el doble por poder hacerlo junto a la mujer que más amaba. No sé hasta qué punto me podía considerar la mujer más feliz del mundo. Todo parecía de fantasía, pero no toda fantasía tiene siempre lados buenos por todas partes.

- Cuando decidimos concebir al inicio de nuestros próximos desvelos, me besó de una forma en la que creí que no se podía expresar más amor.

- No todo salió como quisimos. Por crueldad del destino, al cuarto mes, perdí a nuestro retoño. Lloré. Él no.

- Me deprimí, como no tienen una idea, pero él no. Ese silencio era un asesino implacable. Cuando el doctor nos lo dijo solo me abrazó, y ambos sabíamos por qué, siempre me sentía segura en sus brazos, y cada que podía, me llevaba a estar entre ellos, por un tiempo, eso transcurría muy a menudo. Las semanas siguientes yo no hablé mucho, y él trataba (a veces en vano) de sacarme una sonrisa. Decía que no me preocupara, pero a los veintiocho años y con un aborto no premeditado no me sentía del todo tranquila. Cuando se la pasaba en silencio, sentía un pequeño piquete en el corazón; era mi culpa. Les diré algo, no hay mejor cosa que enamorarse de un escritor, él siempre buscará la manera de enamorar a su pareja, ya sea con un poema o realizando en lo que sus historias escribe. Durante toda una temporada escribió un montón de relatos románticos, incluso, en un mes creo que escribió cincuenta, yo suponía que se estaba esforzando mucho, pero simplemente me miraba y me mandaba a acercarme, me besaba la frente y me pedía un tacita minúscula de café, se lo hacía, y ese gesto más de una vez hizo que esbozara lágrimas. Al año siguiente de la pérdida, yo estaba radiante; salíamos, jugábamos (así sea una pequeña partida del *Scrabble* que teníamos guardado), dormíamos abrazados y - tal vez hago un cambio un tanto brusco - nos mudamos a otro país para hacer una nueva vida. Si hubo una persona que mostrara perfectamente el lado bueno de la vida, fue él.

- Todo porque simplemente me amaba. Era increíble lo poco que hacía de manera amorosamente premeditada, y yo lo consideraba un experto en el tema. Un beso inesperado, o un abrazo espontáneo, eran detalles que mantenían mi amor por él como el primer día.

- De vez en cuando recordaba los viejos tiempos, los comparaba con los, para ese entonces, actuales, y obviamente, encontré diferencias significantes, pero el amor seguía allí, varias parejas no duran tanto sin discutir igualmente, nosotros sobrevivíamos a esas extrañas guerras, no podíamos pasar ni dos horas molestos con el otro. Simplemente no podíamos, algunos flaqueaba y el otro llegaba en su "auxilio", por así decirlo.

-Tenemos treinta y tres años, luego de conversarlo hasta el agotamiento, decidimos volver a intentar tener un bebé. No sé cómo él no me dejó cuando el doctor nos dijo que yo, a raíz de mi anterior experiencia, había recibido mucho daño en mi zona baja. Con otras palabras, más suaves diría yo, dijo lo que tanto temía. Quedé estéril.

- Muchos han pasado por eso, pero ¿yo? Ya no le podía dar en hijo que tanto queríamos. Una noche, en medio de tanto llanto de mi parte, le dije impulsivamente que me dejara, que ya no veía un futuro entre los dos,

pero que lo seguiría amando como siempre, y eso era lo que más dolía. Me dijo que no me preocupara, pero era el final, ya no podía dejar de hacerlo. Me besó. No dijo palabra alguna esa noche, simplemente dormimos abrazados. Esa mañana solo me miró y sonrió, era la sonrisa más pura y sincera que haya visto jamás; era cierto que seguiría conmigo solo por su increíble amor. Y lloré.

- Pocas, casi nulas, fueron las veces en que lo vi llorar, y yo era experta en ese tema (como lo he dejado entrever en este escrito). Podría jurar que él contaba todas mis lágrimas, las de él sería una cuenta que hasta un niño pudiera hacer. Es una suerte que no contó las que vinieron después de ese día.

- Tan sencillo como buscar el auto, solo eso, insistí en hacerlo yo, pero él tenía ese poder de convencimiento tan increíble que me persuadió, luego supe el motivo aparente. Tenía una carta en la guantera para mí, y me la iba a dar de no haber sido por un camión que perdió los frenos. Todo fue muy rápido. Lo próximo parecía cuestiones que transcurren en las novelas, difíciles de creer, pero lo que escribo, aún con mis pocos dotes de narrativa (por si se han dado cuenta), sucedió en serio; y odio que haya sucedido así. Pero por respeto, lo contaré tal y como pasó, de su parte queda el creerme o no. Es entendible si no lo hacen.

- Él iba en un bus, y de los catorce pasajeros que se hallaban en el acto, solo cinco sobrevivieron, dos de ellos niños de menos de diez años, y fue porque – en sus palabras – “un señor los ayudo”, el mismo al que yo estaba llorando en ese momento. Nunca me imaginaré (ni me pasará por la cabeza) los últimos momentos que él estuvo consiente, en lo que pensó o en el dolor que sintió, si hubiera sido yo, hubiera muerto ipso facto en el lugar. Creo que por primera vez en su vida se preocupó por algo, el ayudar a los niños, y eso le otorgó un lugar entre las personalidades de la ciudad. “Escritor salva a dos niños en mitad de colisión automovilística, el coste de la acción, su vida”, se alcanzó a leer esta frase en más de un periódico del país.

- Ya en la sala de emergencias, mis ojos estaban tan rojos como la sangre que emanaba de él. Yo no veía nada de entre tanto lagrimal, y así como uno ve su vida antes de morir, vi nuestra historia juntos, y fue una historia feliz. Recapitulé, como si hubiera sido ayer (confieso que aún lo hago), e incluso recordé cosas nuevas como la colonia que él tenía ese día, o el tema de nuestro primer trabajo juntos. Fue desgarrador, la escena de mi madre llamándome desde el teléfono del hospital para decirme que iban a operar a su yerno se veía como el último capítulo de una trágica historia de amor, la mía, la que estaba recapitulando paso a paso. No podía verlo, no en ese estado, y terminó todo. Cuando vi su rostro por última vez, vi al muchacho que veinte años antes me dirigía la palabra cuando nadie más lo hacía. Aquel que me escuchó, que me apoyó, mi primer beso ¡ÉL, QUE ME ESCRIBIÓ QUE SIEMPRE ME AMARÍA EN UNA

CARTA EN LA GUANTERA DEL AUTO NUESTRO AÚN EN REPARACIÓN! El perder a un ser querido de por sí es difícil, imagínense al más importante; pensar que nada será igual que antes, que tantos momentos ya no pasarán.

- Lo quise ver una última vez, y su rostro estaba intacto, apacible, calmo como siempre. Las historias que él me contaba sobre envejecer juntos eran ahora una mera ilusión. Lloré en su regazo por un largo rato, sola, pensando en que ya no podría hacerlo feliz más nunca. Fue en ese instante cuando hablamos por vez última.

- Ta vez fue producto del estrés del momento, pero juro que me dijo un "gracias, te amo". Recuerden que sé leer muy bien los labios, y para mí fueron sus últimas palabras. Después de eso quedé sola, con un bip continuo que sentenciaba lo inevitable. A partir de ahora, solo sería yo... sin la otra parte de mí.

- Horas, días, semanas, meses, años. Todo es lo mismo estando sola, pero les diré, la única razón por la que continué avanzando fue por él. Se le rompería el corazón si supiese que lloro siempre por él, sería una piedra en el zapato de alguien que ya está en mejor vida (él hizo mi vida mejor); indirectamente hago un esfuerzo para honrar su memoria siendo feliz, cueste lo que cueste. Mis amigos me decían para salir con otros hombres, tenía en ese entonces treinta y cinco años, era joven y viuda, mala combinación, pero la acepté. Salí con amigos, solo hasta allí. Hubo ocasiones en las que me recomendaron el adoptar, y yo era partidaria que no importa el método, un hijo es un hijo, e incluso, creí que aún no había llegado el tiempo para hablar con él sobre adoptar, pero llegaría; lo conocía tan bien que segura que aceptaba, más sin embargo, decliné a esta posibilidad por el dolor de la pérdida. No creí que podría soportar el desprenderme de mi niño o niña siquiera en su primer día de clases. Continué trabajando y luego de cierto tiempo me mude a nuestro pueblo natal de nuevo; y como cosa extraña, lloré al ir un fin de semana a nuestro colegio, pasé por el viejo salón donde estudiábamos el primer año en que estuve allí como la chica nueva, me arrodille junto a nuestro pupitre comunal, donde tantas veces hablamos sobre alguna tontería y nos enamorábamos más el uno del otro, aun estando él vivo, no se repetirían esos momentos, claro, habrían otros igual o más hermosos, pero ustedes han de entender; es la misma sensación de escuchar el chiste más gracioso de su vida y cuando lo recuerdan se ríen, pero no con la misma candidez, o como un primer beso. Lo veía a él y a mí, sentados allí, tan vívidamente, la única diferencia era el color del salón, con tantos años tenía que cambiar. ¿Cómo una persona se puede volver tan importante para ti? A veces, es por el diminuto gesto de hablarte cuando nadie más lo hizo.

- ...

- Y heme aquí; en una mecedora. El tiempo se olvidó de mí, pero yo no de él, jamás lo haré. Viví sin él el doble de tiempo que tenía antes del accidente, he sabido recomponerme económica, social y emocionalmente. Nunca me enamoré de nuevo. Lo de la parte económica lo logré curiosamente gracias a él, es horrible que lo diga, pero al parecer cuando un autor muere, sus ventas se van más allá de lo imaginado, y sumándole a una serie de escritos que encontré que nunca publicó, me obsequió abundancia por casi dos décadas. Sigo imaginádomelo a mi lado, en la mecedora adjunta a la mía. Y conservo su carta, único escrito que no otorgué para su publicación, la leo casi todo los días, a veces en la noche o en el día, o cuando solo me quiero sentir nostálgica, melancólica o alegre. Lo amo como siempre, al hombre que me enseñó a amar, me hizo sonreír, una risa mía equivalía a un fragmento de un paraíso personal que él tenía; recuerdo cada segundo de mi vida en la que estuvo él, vaya que tuve tiempo para recapitular, y noto que él la hizo especial. Solo me queda una pregunta, que cada vez que la hago mis lágrimas brotan como una catarata que parece no tener fin: ¿Cómo, de entre todas las personas en el mundo, cómo fue que conseguí a alguien que se podía acercar a la perfección, que siempre me... que siempre me amó?

- Algo que también agradezco de él fue que con sus libros pude conseguir al menos un poco de habilidad de redacción, la misma que empleo en este escrito, espero que alguien la lea y sepa de una bonita historia de amor, no una más del montón, sino una historia de amor pequeña, sin título alguno, que pasa desapercibida, un caso que puede pasarle a cualquiera. Y doy gracias a Dios porque a mí me pasó.

- Estoy segura de que él me está esperando allá arriba junto con nuestro hijo nonato, y sé también que me esperan con ansias, pero, aunque también estoy nerviosa por verlos, sabemos igualmente que no tengo prisa alguna. No ahora. ¿Por qué? Porque sigo disfrutando de la vida...

... la vida que él me enseñó a vivir.

Rafael Alizo, Valera 24/07/2014